El amanecer del Indio

Nunca se supo quién lo comenzó a llamar Indio. Tampoco de cuál fue la enfermedad que lo tuvo en cama durante largos meses. La familia cerró la casa hasta que el Indio volvió a reaparecer con la cara llena pequeños cráteres que sin duda no se habían cansado de lanzar pus en esa larga cuarentena.

Su mal era contagioso dado que nunca se nos permitió visitarlo. No solo no se lo podía ver, sino que estaba vedado hablar del asunto. Fue un largo período en el que sabíamos de su existencia, teníamos presente que lo extrañábamos y que no se podía hablar del tema. Como si la curiosidad sobre su mal estuviese vedada, era como una mancha venenosa. Si te acercabas de cualquier manera la enfermedad innombrable te alcanzaba. Para esperarlo sin pensar en él jugábamos a la pelota, juntábamos figuritas, cazábamos mariposas, trepábamos a los árboles y nos pelábamos con las vecinas que no querían que jugáramos en su vereda. Nuestra vida seguía pero sabíamos que el Indio la estaba pasando mal.-

Cuando se reincorporó a las actividades infantiles que tanto nos ocupaban: juntar madera para la fogata, preparar cochecitos de plástico para correr en el cordón de la vereda, desafíos de fútbol callejero contra otros barrios, y otros imperiosos asuntos lo hizo de buen humor. Si tenía miedo al rechazo lo disimuló bien, nosotros hicimos nuestra parte: no hablamos del tema. Tal vez por buenos, seguro con miedo de un posible contagio al hablar de esa rara enfermedad.

Al pasar de los días nos dimos cuenta que el Indio estaba en la calle a cualquier hora, los que iban a la escuela a la mañana lo encontraban con una pelota bajo el brazo, aquellos que iban al cine a la noche en compañía de sus padres lo observaban sentado en el cordón calentándose las manos ante un pequeño fuego.

Nunca nadie, pese a la crueldad que nos caracterizaba, le preguntó nada.

A la distancia me doy cuenta que el Indio había estado preso en ese oscuro mundo de pus, gases y cremas desinfectantes y que quería recobrar el tiempo perdido. Una vana ilusión que no perdió nunca. La peste le marcó mucho más que su cara. Lo convirtió en desvelado solitario, las huellas de su cara las olvidaró pero no el tiempo de jugar perdido.

C.H